

Cuba y Venezuela: un concertado asalto a la democracia

Antonio Sánchez García

I

Pocos días después del sangriento golpe de Estado del 4 de febrero de 1992 y del ataque al palacio presidencial y el frustrado asesinato del entonces presidente de la República por tropas al mando del teniente coronel Hugo Rafael Chávez Frías, tuve ocasión de charlar brevemente con el corresponsal en Caracas de Prensa Latina, la agencia de noticias del gobierno cubano. Me expresó en dos palabras la opinión oficial de su gobierno: estaba desolado. Carlos Andrés Pérez era un amigo de Cuba y de Fidel Castro, con quien no hacía mucho se había reunido en compañía de Felipe González y del entonces presidente de Colombia, César Gaviria, con el fin de encontrar vías para una reinserción de Cuba en el sistema interamericano. Intento imposible, por cierto, dada la impermeabilidad de Castro a cualquier concesión que empujase hacia la democratización de su régimen, por mínima que fuese. A pesar de lo cual, la amistad entre los tres mandatarios y el dictador cubano era franca y sincera. De una u otra manera, los tres lo admiraban. Y agradecían la tregua que el revolucionario cubano parecía concederle a un continente en gran parte pacificado. Se venía de regreso de los convulsos años 60/70 y el futuro parecía augurar la consolidación de los regímenes democráticos en la región. Sólo faltaba Cuba para conquistar el sueño de un continente completamente democratizado.

Todo ello puede parecernos hoy en día, cuando menos, excéntrico: el carácter implacable e inhumano con que el régimen castrista ha tratado a sus oponentes desde su misma fundación, hace difícil imaginar simpatías por quienes, como Felipe González, se hicieron a la vida política poniendo su vida en riesgo en la lucha contra la feroz dictadura franquista, o como Carlos Andrés Pérez, preso y luego desterrado de su país por otra dictadura —también feroz, aunque incomparable con la castrista—, la de Pérez Jiménez. El caso de César Gaviria es distinto: se inserta en las simpatías de su generación por el proceso revolucionario cubano y sus diversas expresiones artísticas y culturales. No cabe otra explicación: Castro representaba el antiamericanismo visceral de una cultura preñada de utopismo y estadalatría

desde sus mismos orígenes. De allí la excepción: la dictadura más prolongada de toda la historia de América Latina, contaba y sigue contando con no ocultas simpatías de mandatarios democráticos, electos en comicios impecables, como sigue siendo el caso de Lula da Silva o el de Néstor Kirchner, los actuales presidentes de Brasil y Argentina. Y ello en un continente que pareciera desear volver a los estertores de sus sangrientas utopías fracasadas.

La situación entonces era diametralmente opuesta. La democracia campeaba. Por todo ello, Castro no dudó en llamar a su colega venezolano y expresarle su solidaridad en momentos tan aciagos, repudiando de paso el golpe militar intentado por cuatro comandantes del ejército venezolano, liderados por Chávez Frías, del cual por entonces Fidel Castro no tenía ningún antecedente. El repudio fue breve. Tras un trabajo tenaz e inteligente de algunos viejos militantes del Partido Comunista de Venezuela, entre ellos el de un excomandante guerrillero llamado Alí Rodríguez Araque, Castro tuvo que rendirse a la insólita evidencia: Chávez Frías era un oficial insurgente de confusa ideología neoperonista, como él mismo lo fuera en sus lejanos comienzos, pero abiertamente favorable a la Revolución Cubana, ferviente admirador suyo y dispuesto a trabajar apasionadamente por quebrarle el espinazo a la institucionalidad democrática venezolana e implantar un régimen procastrista en el primer país productor de petróleo de occidente y poseedor de la quinta reserva estratégica del globo.

De allí que no causara ninguna sorpresa la recepción con honores de jefe de Estado que le tributara a Hugo Chávez durante su primera visita a la Isla en 1995, poco después de haber sido excarcelado por el presidente democristiano Rafael Caldera, al cabo de una cómoda prisión de dos años. Recibido personalmente por el astuto dictador cubano, Chávez no era entonces más que un golpista contumaz sin ninguna perspectiva de poder. Decidido a llevar a efecto su revolución «bolivariana» por la fuerza de las armas, atravesaba entonces el desierto de los despreciados y nadie en su país daba un centavo por su futuro político. Más visionario que los venezolanos que se reían del atuendo folclórico y la verborrea inconsistente del oficial de rango medio, Castro decidió apostar por quien se convertiría en su más fervoroso epígono. Como siempre, la apuesta era correcta.

A pesar de una recepción de tantos quilates, que delataba una profunda conexión entre el prospecto y su maestro, la sociedad venezolana se negó a ver lo que ya era más que evidente: de llegar al poder, Chávez establecería una relación de profunda interdependencia con Cuba, toda vez que su emergencia ponía de manifiesto un proyecto político vinculado a la tradición insurgente de la izquierda venezolana más radical. Hugo Chávez se encontraba vinculado, desde sus comienzos como cadete en la Academia Militar, a través de su hermano Adán —profesor universitario y viejo militante del Partido Comunista de Venezuela— al movimiento conspirativo llamado Frente Profesional Militar, fundado a comienzos de los 60 por el comandante guerrillero Douglas Bravo. Una muy cuidada estrategia veló dichos vínculos, haciendo aparecer a Chávez como un líder carismático, populista y

democrático, sin otros propósitos que llegar al poder por la vía electoral, con el fin de rectificar los graves desajustes de la importante nación petrolera, profundizar su democracia y abrirla a las nuevas tendencias de la sociedad global. Es más: antes que de Fidel Castro, Chávez pareció nutrirse de las influencias del neofascismo en la figura de Norberto Ceresole, sociólogo argentino decididamente anticomunista, vinculado a los militares carapintadas y al antisemitismo militante de la nación sureña. Y llevado por la necesidad de granjearse las simpatías de la clase media vinculada a la extrema derecha venezolana, llegaría al colmo de coquetear y recabar el apoyo del exdictador Marcos Pérez Jiménez, exiliado en Madrid desde 1958. Así, la alianza fundamental auspiciada por Ceresole como estructura esencial del futuro poder —líder carismático, fuerzas armadas, pueblo— haría creer a la inmensa mayoría de quienes llegarían a ser sus electores, que de convertirse en presidente de la República, Hugo Chávez sería el clásico jefe supremo de mano dura propio de la tradición caudillesca y militar de América Latina, con una clara ideología de derechas. El hombre fuerte necesario para venir a poner orden en la casa y disciplinar las fuerzas políticas y sociales profundamente desencajadas por la acción disolvente de élites corruptas. Como en el caso de su maestro, Chávez llegaba al poder enmascarando sus auténticos objetivos, ante una mayoría seducida que aspiraba precisamente a lo contrario de aquello que pondría en práctica nada más hacerse con los resortes del poder estatal.

2

Cuando Chávez termina arrasando a su oponente de la coalición democrática en las elecciones presidenciales de 1998, puede que no más de media docena de sus más íntimos partidarios estuvieran al tanto del auténtico proyecto político del exteniente coronel de paracaidistas: una revolución continental fundada en una extraña, confusa y abigarrada ideología «bolivariana». Entre ellos, su hermano Adán Chávez, no por casualidad hoy embajador de Venezuela en la Isla caribeña, y Alí Rodríguez Araque, privilegiado nexo de unión con el castrismo, premiado con la joya de la corona: la presidencia de Petróleos de Venezuela (PDVSA), la más importante empresa petrolera del continente, principal fuente de ingresos del país y herramienta crucial del proyecto insurreccional de Chávez para la región. Desde luego, no estaban al tanto los principales dirigentes del Movimiento al Socialismo, que servirían de legitimación democrática a su campaña proveyéndole de un verdadero caballo de Troya en la alianza del Polo Patriótico, heterogénea y pluriclasista agrupación de fuerzas políticas y sociales que desbrozara el camino de las suspicacias de una oposición que ya entonces comenzaba a tener serias dudas acerca de las intenciones del exteniente coronel golpista. Más importante aún: tampoco lo estaba su principal operador político, el anciano Luis Miquilena, auténtico factótum y mago financiero de la campaña, quien convenciera a Chávez de apartarse del sendero de la violencia para buscar el poder por las vías pacíficas y democráticas.

Un país sordo a los clamores de prestigiosos intelectuales de izquierda, como los historiadores Manuel Caballero y Elías Pino Iturrieta, o del fundador del Movimiento al Socialismo y figura señera de la izquierda marxista venezolana, Teodoro Petkoff, que prevenían contra el neofascismo autocrático contrabandeado en su proyecto revolucionario por Hugo Chávez, reiteró su apoyo electoral al desmontaje de la institucionalidad democrática implementado por Chávez, otorgándole un apoyo masivo en siete procesos comiciales y referendarios. Así fue como, durante los años 1999 y 2000, logró llevar a cabo un proceso constituyente, redactar una nueva constitución cortada a la medida de sus anhelos dictatoriales, obtener una amplia mayoría en una asamblea unicameral, copar todos los restantes poderes del Estado, como el Tribunal Supremo de Justicia, la Contraloría y la Fiscalía General de la República, la Defensoría del Pueblo y la Procuraduría General de la Nación, y reelegirse presidente de la República, ahora «bolivariana», de Venezuela, por un período de seis años, sumados a los dos ya cumplidos, según pauta la nueva Constitución. Si a todo ello se suma el virtual secuestro de las Fuerzas Armadas Nacionales por hombres de su más irrestricta confianza, así como su puesta al servicio de labores de proselitismo político, la primera fase del proceso de dislocación y secuestro institucional del país para someterlo a los afanes autocráticos de un caudillo, en el más puro estilo de las montoneras venezolanas decimonónicas, estaba cumplido. La Revolución Bolivariana —sin que jamás se supiera a ciencia cierta de qué tipo de revolución se trataba— marchaba viento en popa.

Durante esos dos primeros años, las visitas intercambiadas entre Hugo Chávez y Fidel Castro se convirtieron en asunto de diplomacia doméstica: Castro visitó nuestro país en dicho lapso en tres ocasiones. A su vez, y liberado por la nueva constitución de rendir cuenta ante el país de sus viajes al exterior si no sobrepasaban un determinado límite de tiempo, Chávez comenzó a escaparse sistemáticamente a Cuba, en visitas no protocolares, sea de paso al regreso de sus innumerables viajes al exterior —la mayor cantidad jamás registrada en presidente venezolano alguno—, sea directa y secretamente para tratar asuntos de Estado, aparentemente de la incumbencia estricta de ambos mandatarios. Se hizo más que evidente que Castro monitoreaba el proceso venezolano hasta en sus más mínimos detalles, llegando a filtrarse desde Palacio la información de que los contactos telefónicos entre el Palacio de la Revolución y Miraflores eran prácticamente abiertos y permanentes, con conversaciones cumplidas cada tantas horas para discutir la agenda política venezolana según el consejo del experimentado líder cubano. Cuba y Venezuela parecían palpitar al mismo corazón. El viejo y anhelado sueño castrista de poner pie en uno de los países latinoamericanos estratégicamente más importantes de la región, parecía haberse cumplido. Como lo expresara desde los tempranos años 60 a connotados visitantes extranjeros, como Regis Debray o Elizabeth Burgos, apropiándose del petróleo venezolano, la dominación castrista en América Latina sería cuestión de meses. La profecía parecía encaminada a cumplirse.

Espectáculos en apariencia inocentes, como un partido de béisbol disputado en Cuba entre ambos mandatarios, sirvieron de enmascaramiento a los acuerdos estratégicos preparados por ambos gobiernos y firmados a espaldas de las instancias controladoras establecidas en la misma Constitución Bolivariana. De ellos, el principal y más gravoso para Venezuela, referido al compromiso de proveer diariamente de 54.000 barriles de petróleo entregados a la Isla caribeña en sus propios puertos, en condiciones excepcionalmente onerosas para el país y privilegiadas para Cuba, que se obliga a pagar una parte fundamental a largo plazo y a los más bajos intereses del mercado financiero. Para caer en la cuenta de cuán importante es el aporte que el gobierno de Hugo Chávez le está brindando a la dictadura castrista, a espaldas del país y sin cumplir con las normas constitucionales establecidas, basta con señalar que, según datos oficiales de Joaquín Oramas para el órgano oficial cubano *Granma Internacional*, la Isla produjo en 2001 cincuenta y ocho mil barriles diarios, que representan el 45 por 100 de las necesidades energéticas nacionales. De ahí una pregunta recurrente en Venezuela: si la producción cubana representa el 45 por 100 de sus necesidades energéticas y el resto es cubierto con compras en el mercado internacional de hidrocarburos, ¿qué hace Cuba con el excedente energético provisto por Venezuela? Pues dado el bajísimo interés que hipotéticamente debiera pagar al cabo de los años —cuestión más que improbable— por el petróleo surtido, más le convendría a Cuba venderlo libremente en el mercado *spot* y poner el dinero recaudado a ganar intereses en algún banco europeo.

Independientemente de la altísima deuda contraída en estos tres últimos años por Cuba, que amén de recibir trato tan privilegiado no ha cancelado a Venezuela una cifra cercana ya a los 1.000 millones de dólares —que jamás será abonada por un gobierno que no suele honrar las deudas contraídas con países «capitalistas»—, el gobierno de Hugo Chávez ha aceptado que parte de dicha deuda sea liquidada en «prestaciones» de índole «social y humanitaria». Ha sido el expediente encontrado por ambos mandatarios para permitir el ingreso masivo y fuera de todo control fronterizo de varias decenas de miles de «alfabetizadores», «asesores culturales», «asesores deportivos», «médicos y paramédicos», y otros funcionarios cubanos de seguridad, supuestamente responsables de planes de alfabetización y salubridad para los sectores más depauperados del país. Una fórmula estratégica que permite recibir petróleo prácticamente gratis a cambio de expansión y penetración política, toda vez que tales asesores, médicos y paramédicos son todos funcionarios del Estado cubano en abiertas labores de proselitismo político e ideológico. A lo cual debe sumarse la presencia de centenas de oficiales de alta graduación de las Fuerzas Armadas Cubanas, en distintas guarniciones de nuestro país, siguiendo pautas de la Secretaría América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba¹,

¹ Véase anexo del informe confidencial de seguridad de los servicios informativos de la Coordinadora Democrática de Venezuela.

algunos de los cuales habrían actuado a todas luces en el sofocamiento sangriento del levantamiento popular del 11 de abril, cuando fueron asesinados diecinueve venezolanos en medio de la mayor manifestación antigubernamental jamás habida en Venezuela, y puede que en el continente entero.

Punta de lanza de la penetración castrista en América Latina, el gobierno de Hugo Chávez se convirtió durante los últimos cinco años en el financista de todos los movimientos indigenistas e insurreccionales de la región, particularmente en Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, una vez privilegiadas sus relaciones con las FARC y el ELN colombianos. Según informaciones entregadas por el Departamento de Estado al Estado Mayor del ejército venezolano, a pocos meses de la asunción del gobierno por el teniente coronel golpista, un asesor personal del entonces ministro de Relaciones Exteriores y hoy vicepresidente de la República, José Vicente Rangel, habría sido sorprendido en numerosas ocasiones sirviendo de correo para la entrega de abultadas remesas de dinero a los militares ecuatorianos insurrectos, así como a otros movimientos insurreccionales de la región. Se trataba del conocido «Gordo Quintero», contacto personal del actual vicepresidente con el gobierno de La Habana. Ante tales presiones, debió ser separado de sus funciones junto al canciller: actualmente vive «retirado» en La Habana. Asimismo, informes confidenciales no dudan en asegurar el respaldo económico de Chávez a piqueteros y otros grupos de extrema izquierda en Argentina, así como al MIR, al Frente Patriótico Manuel Rodríguez y al Partido Comunista, en Chile. De ahí las denuncias del expresidente de Bolivia, Gonzalo Sánchez de Lozada, según el cual el gobierno de Hugo Chávez habría financiado el movimiento indigenista y cocalero que puso un violento fin a su mandato como presidente de Bolivia.

4

Tan profundas son las imbricaciones entre los gobiernos de Venezuela y Cuba, y tan dependiente se ha hecho la empobrecida dictadura caribeña de las dádivas y respaldos financieros del gobierno del exteniente coronel golpista —sin contar con los oscuros y *non sanctos* negocios de triangulación que empresarios del régimen y jerarcas cubanos llevan a cabo para el ilícito enriquecimiento de la facción política de Hugo Chávez y del propio dictador cubano, al margen de todo control y regulación financiera—, que el corresponsal de *France Press* en La Habana no dudaba en calificar de pesadilla para Castro y el castrismo la simple conjetura de que se pusiera fin al gobierno de Hugo Chávez.

Tales negocios pueden llevarse a cabo sin temor a posibles develamientos, toda vez que Venezuela ha recibido los más altos ingresos petroleros de toda su historia en estos últimos cinco años —más de 170.000 millones de dólares— y que, desaparecida toda instancia de control por el avasallante y omnímodo dominio del autócrata venezolano, pueden sus hombres acceder a cifras fastuosas sin pasar por ningún rigor institucional. Recientemente, el gobierno de Hugo Chávez ha logrado hacerse con la bicoca de 2.000 millones de dólares pasados directamente de la caja «chica» de PDVSA a la caja

«chica» de Palacio, burlando todas las normas legales, que le obligarían a hacerlo sólo bajo la forma de un crédito excepcional amparado por la legislación del Banco Central de Venezuela, y previa aprobación parlamentaria. Aun cuando tal ingente cantidad de dinero ha comenzado a aparecer tras el financiamiento de la campaña electoral y publicitaria más fastuosa jamás realizada en Venezuela por gobierno alguno, y adquiere la forma de bolsas de comida y otros bienes regalados a manos llenas en los barrios populares con el propósito de comprar electores, nadie en su sano juicio puede imaginar que una campaña de poco más de treinta días, pueda alcanzar un costo de tamañas dimensiones en un país de veinticinco millones de habitantes con un cuerpo electoral de poco más de trece millones de electores.

Carente de divisas, privado del acceso a los mercados financieros, en caso de desaparición del chavismo, Cuba debería acudir a un mercado petrolero que financia a diez días y con tasas elevadas, en momentos en que el precio del petróleo alcanza índices históricos, alrededor de 40 dólares el barril. La nota de AFP publicada en *El Nacional* de Caracas, el 15 de julio de 2004, señala: «el escenario temido por los expertos en La Habana es el peor: parálisis de las empresas y del transporte, agravamiento de los cortes de energía eléctrica y el retorno de las penurias que golpearían a una economía vacilante, que ya cuenta con una situación social deteriorada por las privaciones y los recientes aumentos de precio».

Luego de cinco años sin un solo resultado que no sea negativo: duplicación del número de desempleados, triplicación del índice de homicidios, contracción de la economía global en más de un 17 por 100, y una sociedad profundamente escindida y alterada en sus valores culturales fundamentales, el Gobierno intentó mejorar su imagen ante un país profundamente desencantado, por la vía de una serie de medidas de beneficencia que recibieron el nombre de misiones, apellidadas con decimonónicos nombres de héroes militares y civiles. Tras dichas «misiones», se encontraba la mano indudable de expertos cubanos, asesores en la que posiblemente sea la última jugada continental del más grande de los tahúres políticos de nuestra historia. Fidel puso ya sus mejores hombres en el intento por implementar la guerra de guerrillas a mediados de los años 60 en una Venezuela que recién se hacía a la democracia. Entre quienes combatieron en las sierras de El Bachiller, Machurucuto y Falcón, estuvieron el general Arnaldo Ochoa Sánchez y sus compañeros de lucha, los mismos que en un sorprendente giro de la historia lo enjuiciarían, condenándolo a muerte por fusilamiento en octubre de 1988. Entonces fueron derrotados, aplastados y expulsados del territorio nacional, dejando a Castro con el amargo sabor de una derrota que ha sufrido durante cuarenta interminables años. Ahora, la complicidad con Chávez parece haberle devuelto su eterna y jamás cumplida ilusión de dominar Venezuela y el continente, con el impulso más napoleónico de dictador latinoamericano alguno.